

Un horizonte de peligros

Me atrevo a iniciar este artículo, esta reflexión personal, sin más pretensiones que la de suscitar otras de más envergadura, con una tesis que, de manida, resulta tópica: que la Universidad está en crisis. Para ir ahondando en la cuestión añadiré que esa institución le debe su origen a una crisis. Nada nuevo tampoco; cualquier nacimiento o floración resulta tan sólo de un resquebrajamiento, de una muerte. También la Universidad aparece como resultado de una fractura, de un desfondamiento. Con el auge económico, técnico y demográfico del siglo XI, con el consiguiente desarrollo de la vida urbana, el pájaro de Minerva voló fuera de los claustros de los conventos, fuera de los palacios episcopales, se secularizó y fue a instalarse en el espacio ruidoso de los mercados incipientes, de las ciudades. En aquel ajetreado, no silencioso ni recogido ámbito, se construyeron las universidades.

MANUEL BALLESTERO

Esta sucinta evocación no pretende ser una introducción indigesta ni erudita. Con ella trato tan sólo de apuntar a una conexión -hoy evidente, insoslayable entre el saber y la sociedad, entre el espíritu y el mundo. Que nadie, pues, se sienta revestido con una casulla tejida de hilos de espíritu; los sobresaltos, las sacudidas sociales son aquí como el movimiento de los telares estridentes de los que va saliendo, a veces, un magnífico damasco. La ciudad segrega el saber, su saber; la historia teje su razón, más que les pese a algunos rezagados «pensadores» de no sé qué racionalidad conservadora y abstracta. Pero todo esto, si no tan evidente, sí esclarecido desde que Hegel, en uno de sus primeros escritos (no piensen los antedichos diplodocus de una aséptica racionalidad anglosajonizada que les voy a salir con alguna referencia a la Fenomenología...), en **Differenz...** puso en el centro de las categorías metafísicas el devenir, mucho antes de tematizar propiamente **la historia**; todo esto, insisto, hay que decirlo en las **áreas sociales arcaicas**, donde las contingencias históricas de la división del trabajo (manual/intelectual) todavía se sacralizan y casi se elevan al rango de diferenciaciones ontológicas; áreas también en que el más desvergonzado cinismo metafísico (positivista o pragmático) consiente y fomenta la religiosidad untuosa de los prestigios sociales, de las jerarquizaciones inoportunas y anacrónicas. España es una de esas áreas.

Dicho esto, vuelvo a mi manida tesis: la Universidad está en crisis. Se trata de reflexionar acerca de los condicionamientos de la misma.

Los fenómenos de fondo que empujan **hacia esa desastrada situación, sin** que hayamos de llorar sobre ella, porque con ese desmoronamiento del tapial universitario quizá ahora tengamos la ocasión de ver al pájaro de Minerva volar fuera de todo recinto acotado, amurallado, protegido y embastillado, para ir a hacer nido, por fin, en el único árbol digno del saber y del espíritu: el ciudadano corriente y moliente, la colectividad social- esos fenómenos se observan más fácilmente en las sociedades que llaman «desarrolladas», allí donde los procesos por haber ido más lejos desvelan con mayor nitidez sus perfiles-. Es en estas áreas donde aparece con claridad que la crisis actual de la Universidad se liga a dos factores: por un lado, a la exigencia de una formación tecnológica, a que la vieja institución no puede dar respuesta; por otro, a la tendencia a una nueva división del trabajo: no ya manual/intelectual, sino descalificado/altamente calificado.

La exigencia de una formación tecnológica de masas la Universidad apenas puede asumirla, tanto por **carencias culpables** de infraestructura como por la índole de su

tradición, ni técnica ni profesional. Los emplastos y cataplasmas profesionalizadores de la actualidad no modifican en nada mi diagnóstico.

Junto a las aludidas hay una razón todavía más profunda: que el **dinamismo tecnológico hoy**, por las condiciones en que se dan los procesos, **apenas puede codificarse, almacenarse teóricamente**, porque se da, y de manera **rapidísima, en los espacios mismos de la producción material, en la empresa**: es una de las razones por las que la Universidad, con su corpus academicum, no llegue sino **post festum**, retrasada, perpetuamente arcaica. La innovación tecnológica, tanto teórica como práctica, se da en los espacios, en los procesos mismos del trabajo social. Este es un rasgo profundo, estructural que cambia por completo la colocación y la naturaleza misma de lo que hoy se entiende por el saber, y en el que ha de buscarse una de las raíces de la crisis antedicha.

Se llega de este modo a un dominio en el que cabe hacerse otra afirmación de peso: que el saber hoy, al menos cierto saber y en determinadas **perspectivas histórico-sociales**, ya no es «aroma» ni cobertura espiritual del mundo, ya no es nexos moral del todo social -como lo fuera en el XIX y a principios de este siglo-, sino que ha devenido **fuerza productiva directa**. Esto se relaciona con otro hecho de máximo relieve histórico-político: que la burguesía, la clase dominante, ni necesita ni puede ya tener un **palio ideal** para entrar en el templo de los negocios. Con ello, la Universidad, el **alma mater** que antaño desvelaba, revelaba y conservaba los principios rectores, ha perdido su justificación histórica. Esta sociedad brutal y cínica renuncia a todo tipo de legitimación ideal. Tiene el poder, **no sólo el político, la posibilidad de orientar y manipular la opinión** y con eso le basta.

Con una Universidad exangüe, con una sociedad que despótica y salvaje imprime en lo más profundo de la conciencia social lo «indiscutible» y «evidente» de sus categorías (el dinero-valor, el beneficio-rector, la utilidad-inmediata, la compraventa de todo; porque en su seno «hasta lo que no tiene valor, tiene precio: tal el honor y la virtud» (Marx); en esa sociedad que entre sus principios inscribe el lema de Pinochet: Facta, non verba, divisa que primero lo fue de Mussolini y que hoy campea en la agenda de cualquier ejecutivo (fascismo de camisas negras o de Cacharel, todo es fascismo); en esa sociedad, donde el saber se orienta entera y exclusivamente (crisis obliga) a la solución de los problemas de la **producción y de la venta**, y de la producción para la venta, ahí, digo, las empresas pueden soñar y sueñan con la creación de sus propias escuelas técnicas, de sus propios centros de formación de una mano de obra domesticada, adaptada, enclaustrada desde el principio en los estrechos límites de una formación profesional «maison» de la casa. **El modelo japonés triunfante**. Con la ayuda del Estado las empresas han empezado a levantar, sobre las ruinas de lo que fue la Universidad, sus propios centros de formación.

Pero antes aludí a un segundo factor de la crisis de la Universidad: la nueva división del trabajo. Hace ya años el P.C.I. denunciaba en las sociedades desarrolladas una tendencia a la descalificación general del trabajo y a la paralela supercalificación de una pequeña élite de dirección y de gestión. Esa tendencia hoy se abre paso de manera avasalladora. Y en ella hemos de ver de nuevo surgir la tendencia a la creación de centros de enseñanza de élite, y la de mantener a las viejas Universidades en el papel inferior de **centros de mala docencia y entretenimiento para las masas**. La sociedad capitalista **ha invertido, como siempre, la orientación del proceso histórico de democratización de la Universidad; democratización demagógica, al baratillo**; y como linterna iluminadora hay que recordar el pasaje de Marx: que en el sistema de la abyección, todo progreso es una regresión.

Y al llegar aquí cabe interpolar una nueva consideración: que el estado burgués -en su forma social-demócrata semi ilustrada o en la conservadora-reaccionaria- no sólo respeta, sino que **asume como propias las que son líneas de fuerza de la gestión burguesa del saber social**. También en el aparato educativo del Estado se abre paso esa división de

funciones: centros formadores de la élite gestora, centros de pseudos democratización del saber, las universidades descalificadas, desprestigiadas, reducidas a impartir conocimientos y calificaciones subalternas. Digo esto para insistir en que en Occidente el aparato escolar del Estado se subordina a las tendencias de la sociedad burguesa, antidemocrática y productivista.

El estado burgués, reaccionario incluso en su forma social-demócrata, por más que se atilde de modernizador, cuando «profesionaliza» la Universidad, so pretexto de adaptarla a un mercado de trabajo en plena descomposición y desmoronamiento, esa profesionalización la entiende y la practica como embalaje en que despachar un saber estrecho, descalificado, desvalorizado, para masas que explotar en empleos de poca monta; y cuando pisa en el acelerador de la alta calificación, de la investigación de punta y de las tecnologías emergentes, se zambulle de cuerpo entero en la corriente socio-capitalista de una modernización cuyo objetivo no es otro que el de un adelanto tecnológico capaz de aumentar la productividad del trabajo, rebajar el costo social de la reproducción de la fuerza de trabajo y de incrementar, por ende, la posibilidad de extracción de plusvalía y acumulación del capital.

Conviene ser lúcidos: la estrategia educativa del Estado social-demócrata burgués se articula en esa doble dirección: constitución de una jerarquización social antidemocrática por la descalificación de la enseñanza de las mayorías (la Universidad profesionalizada deviene entonces un Instituto técnico de segunda clase) y por la creación de élites v de actividades de élite, todo ello orientado a facilitar la acumulación del capital, vía exportación o concurrencia internacional.

Tal es la sustancia de la crisis de la Universidad, relegada al rango de accesorio de enseñanza para el futuro subordinado en la sociedad despótica.

Pero todavía «nos queda el rabo por deshollar». Con el desguace de la Universidad, por su descalificación tendencial, la investigación de base se le confía a centros -reales o posibles- ligados a los planes de las empresas. **Son éstas las que orientan investigación y enseñanza.** Y no hay que olvidar que por una perversión, muy propia de la Babel en que vivimos, la reivindicación revolucionaria de los estudiantes de aquel mayo: **ligar la Universidad a la vida**, ha desembocado en que las empresas y sus representantes se aprestáis a entrar, como docentes, en las universidades del Estado. Así se cierra el anillo en torno a una sociedad regida, dirigida, administrada y educada por los consejos de administración.

Quiero, finalmente, evocar un aspecto más de la cuestión, no sin decir que hace años esta faceta fue jaleada por entonces eminentes representantes del pensamiento de izquierda, jaleada y saludada como un elemento del progreso histórico. Me refiero a la eliminación de todo saber humanista, la Belletristik, en ese entusiasmante tedéumcantante, proceso de modernización.

Las pequeñas ínfimas calificaciones de una Universidad al baratillo, para nada necesitan el lastre, casi diría el escombros, el cascote, de lo que se **denomina tradición**. Operatividad, eficacia miope, pocos años en las aulas, diplomas cortos, lo suficiente para que el Gobierno vaya capeando las estadísticas del paro juvenil; lo de un saber fundamentado, crítico, no sólo es innecesario; puede resultar peligroso. En cuanto a los miembros de la élite gestora de la sociedad mercantil, una enseñanza entera y exclusivamente centrada en los problemas teóricos y prácticos de la producción capitalista es suficiente. En este complejo de enseñanza, lo que fue dominio y nervio de las tradicionales tareas universitarias no tiene cabida. Por otro lado, ¿no estamos acaso remontándonos por encima de todo un período histórico?. ¿De qué puede servir el instrumental teórico de arcaísmos hoy superados?

Pero el Estado burgués, en su maternal solicitud, no puede abandonar la sociedad a la barbarie; tiene que dotarse de un suplemento de alma, de cultura dominguera para amueblar los ocios. El aparato escolar se moviliza en torno a los objetivos económicos de crecimiento, protección y expansión del capital. ¿Qué hacer, pues? El acertijo está resuelto de antemano: si es necesario seguir poblando de ángeles, demonios, dioses y maravillas el espacio interior del ciudadano; si es necesario animar los anocheceres tediosos de las mesas camillas familiares y sacudir el polvo del aburrimiento de la vida -mejor diría tráfico- ciudadana, la milagrosa multiplicación de la industria audiovisual viene a resolver el problema. Pero toda esa infección de cables y ondas, de papel de periódico y de suplementos culturaleros, aunque constituyen el aroma espiritual de este universo, todavía no tienen la sanción oficial. La cultura ha de sacralizarse para mayor edificación reverenciosa del ciudadano. Ahí es donde surge la figura redentora: el Estado socialdemócrata segrega un tentáculo espiritual que legitima los asombrosos partos espirituales de esta andrajosa e inculta sociedad (anónima): **el Ministerio de Cultura**. Total: Sócrates, a la cicuta; los sicofantes, al Areópago.

Estas consideraciones son una simple descripción de los procesos en curso y de otros que vendrán más tarde. ¿Es posible combatirlos? Creo que sí, pero para ello es preciso **radicalizar** nuestras posiciones.

Me parece esencial elaborar una crítica profunda de esa organización de la enseñanza en torno al objetivo de una **modernización productivista y que, en lo fundamental, no es sino un afinar los mecanismos de la explotación, de la competitividad expansionista, del despliegue de una potencia técnica que en nada se orienta a la solución de los problemas candentes ni a la satisfacción de las necesidades reales de la humanidad y que en todo tiende a desvirtuar, a despotenciar, las posibilidades de ejercer la reflexión crítica**. Y no sólo por su perversa orientación, sino por su naturaleza misma. Creo que no es posible seguir sosteniendo la tesis optimista de Marx acerca del «desarrollo de las fuerzas productivas». Comprendo que es éste un tema espinoso, y no querría se confundieran estas ideas con las de un añejo paseísmo. La cuestión ha sido planteada con todo rigor y con espíritu revolucionario en la obra de Marcuse y en la de Adorno, que en nada se emparentan con las nostalgias reaccionarias de una metafísica acrítica, inerte, malamente conventual. El actual desarrollo técnico no sólo pone en peligro el entorno natural; moviliza de tal modo las fuerzas, los recursos culturales y sociales que obstaculiza, cuando no impide, el cultivo, el cuidado de las potencialidades internas del ciudadano. Se impone, por ello, no sólo una crítica radical del productivismo, sino una más profunda **del dogmatismo cientista que lo legitima**. Hace precisamente cincuenta años -en 1935- un pensador no revolucionario como Husserl, a su manera y desde su horizonte, más que discutible, llamó la atención sobre estos problemas en su conferencia de Praga, luego en su obra **Krisis**. No quiero no citar algún pasaje, sabiendo que ha de tomarse reflexiva y críticamente. Husserl, en una tematización no muy clara del tema dialéctico que planteé al principio -la razón y la ciudad- y que ahora ha vuelto a surgir al hablar de someter el desarrollismo a una crítica fundada en las exigencias del desarrollo del ciudadano en tanto que ciudadano, escribe:

«El sabio que estudia la naturaleza no se da cuenta con claridad de que el fundamento permanente de su trabajo subjetivo de pensamiento es el entorno vital; es éste el que constantemente se presupone como terreno... en el que sus problemas... toman sentido.»

Por todo esto es necesario centrar el objetivo del desarrollo del aparato del saber en la potenciación y en el despliegue intelectual y espiritual del ciudadano, poniendo por encima de una presunta e inoperante profesionalización tecnicista y descalificadora la formación del espíritu crítico y la fecundación del individuo por la adquisición y la práctica de un saber aparentemente desinteresado. **Se trata, en efecto, de plantearse objetivos**

verdaderamente sociales -no sólo económicos, **capitalistas por añadidura-**; se trata de hacer del hombre, de los hombres, de la colectividad social, algo más que simples instrumentos de producción. Se trata de romper desde dentro -dialécticamente- con la lógica de un sistema cuya irracionalidad es más que simple expansión de la producción y de la venta de mercancías, mientras engendra el paro, el hambre, la destrucción de culturas y de la Naturaleza.

Estas cuestiones deben analizarse, exponerse, difundirse, hacer de ellas temas de enseñanza, de movilización. En un sistema social súper integrador e integrado, el freno puesto a una de sus tendencias de desarrollo puede ser el principio de la liquidación del sistema.